

REPRESENTACIONES BISEXUALES Y NO BINARIAS EN *SEX*, DE BEATRIZ GIMENO, Y *GUT SYMMETRIES*, DE JEANETTE WINTERSON¹

BISEXUAL AND NON-BINARY REPRESENTATIONS IN BEATRIZ GIMENO'S SEX AND JEANETTE WINTERSON'S GUT SYMMETRIES

LUIS LEÓN PRIETO
Universidad de Oviedo

Resumen:

El objetivo de este texto es el de analizar las representaciones bisexuales que existen en *Sex*, de Beatriz Gimeno, y *Gut Symmetries*, de Jeanette Winterson, exponiendo los mitos y estereotipos asociados a esta realidad, y mediante una serie de referencias críticas que abordan las teorías *queer*, el feminismo lésbico y temas como la pornografía o los símbolos fálicos, con figuras como Butler, Wittig, Rich o Preciado, para concluir si estas obras reflejan y en qué modo esta materia.

Palabras clave: bisexualidad, literatura comparada, estudios de género, feminismo

Abstract:

The aim of this paper is to analyze the representations about bisexuality that are included in *Sex*, by Beatriz Gimeno, and *Gut Symmetries*, by Jeanette Winterson, exposing the myths and stereotypes associated with this reality, and through a series of critical references that address the *queer* theories, lesbian feminism and issues such as pornography or phallic symbols, with figures such as Butler, Wittig, Rich or Preciado, to conclude if this works reflect this matter.

Key words: bisexuality, comparative literature, gender studies, feminism

1. INTRODUCCIÓN

A la hora de alcanzar el objetivo propuesto en esta investigación, en primer lugar se debe establecer una comparativa entre dos obras concretas, pertenecientes a autoras contemporáneas: la española Beatriz Gimeno (Madrid, 1962) y la británica Jeanette Winterson (Manchester, 1959). Se trata de textos que parten de concepciones, temáticas e incluso finalidades que, en un primer acercamiento, parecen alejarse de forma significativa: *Sex* (2008) es una colección de relatos independientes que ostentan un eje común, el de la sexualidad femenina, en especial las relaciones sexuales entre

¹ Universidad de Oviedo. Correo-e: luisleonprieto@gmail.com. Recibido: 04/12/2018. Aceptado: 30/07/2019

mujeres, descritas con un lenguaje que se pretende tanto pornográfico como liberador para visibilizar ese tipo de realidades; por su parte, *Gut Symmetries* (1997) es la sexta novela dentro del canon de Winterson y, al igual que las anteriores, se trata de una obra posmoderna con numerosos saltos espaciotemporales en el relato y referencias a ámbitos tan diferentes como la física cuántica o el tarot, que desarrolla una relación triangular, figura recurrente en la autora, con dos vértices femeninos y uno masculino.

En este contexto de diferencia, la finalidad de este artículo es analizar y comparar un motivo temático común en ambas: las representaciones bisexuales y no binarias, es decir, aquellas que trasciendan la monosexualidad y el espectro de las relaciones entendidas de manera dicotómica, entre una normativa heterosexualidad y, en el extremo opuesto, la homosexualidad. Es este un tema controvertido y abierto a múltiples interpretaciones; según la expresión que utilizan Herdt y Boxer en su estudio antropológico, se trata de un “perpetuo atolladero de la teoría sexual” (2003: 215). De este modo, por todas esas confusiones que los autores relacionan con esta temática, le dedicaré un epígrafe introductorio desde una perspectiva teórica, después de haber realizado una sucinta aproximación a las autoras y sus respectivas trayectorias literarias. Tras estos dos apartados iniciales, desarrollaré un punto central analítico, con el soporte de las referencias críticas que ya haya presentado y de otras que sean pertinentes, en el que analizaré una selección de textos de cada obra. Después de esta exposición de los factores más relevantes de cada una de estas, teniendo en cuenta su consistencia y si, en verdad, pueden reflejar aquellas realidades de carácter no monosexual, se incluirán una serie de conclusiones en base al cumplimiento o no de estos últimos puntos.

2. APROXIMACIÓN A LAS AUTORAS Y SU OBRA

Beatriz Gimeno es una autora española, poseedora además de una trayectoria polifacética y de múltiples posibilidades, que se caracteriza en el fondo por su defensa del feminismo, de la diversidad sexual y de los derechos de las personas diversas funcionales. Activista de largo recorrido, en la actualidad es diputada por el partido político Podemos en la Asamblea de la Comunidad de Madrid. La relevancia de Gimeno como figura pública ha estado relacionada, básicamente, con su labor como activista y, en su momento, presidenta de la Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Transexuales y Bisexuales (FELGTB). Este factor ha influido en su consideración literaria, así como la etiqueta de “escritora lesbiana” que le acompaña. Gimeno admite el peso de este adjetivo en su carrera creativa (Montilla, 2009: 102), pero matiza:

Creo que pesa más el hecho de ser escritora militante. No consigo quitarme el cargo de expresidenta de la FELGTB, no consigo que la gente me vea como literata o ensayista. Siempre acabo hablando de la militancia homosexual. (2009: 103)

La británica Jeanette Winterson comparte una perspectiva similar al respecto de las etiquetas. Simpson afirma, en referencia a la escritora: “Winterson insists that she is a writer who happens to be a lesbian rather than a lesbian who writes” (2001: 93). La autora, que no conoció a su madre biológica hasta su madurez, fue adoptada por

una pareja que pertenecía a la iglesia evangelista pentecostal. Durante su infancia y adolescencia, la joven Jeanette fue educada en una religiosidad integrista e intolerante, en especial por parte de su madre adoptiva, quien, después de descubrir su despertar sexual al lesbianismo, terminó expulsándola del hogar. Este proceso de *coming of age* fue reflejado por Winterson, de forma libre e imaginativa, en su primera novela, *Oranges Are Not the Only Fruit* (1985), que continúa siendo su obra más popular. Las dos siguientes, *The Passion* (1987) y *Sexing the Cherry* (1989), siguieron gozando de la buena repercusión crítica que había obtenido su debut, compartiendo tramas que recrean hechos verídicos desde una perspectiva de metaficción histórica, además de reflejar la fluidez de género y las características grotescas y *queer* de sus principales personajes.

En *Written on the Body* (1992), el hecho de que la autora escogiera, de forma deliberada, una voz narrativa sin género concreto como protagonista del relato fue un recurso recibido de manera desigual, de forma negativa por lo general por quienes habían apreciado una interpretación feminista en sus obras precedentes. Además de la controversia generada por esta clase de estrategia narradora, esta novela también incluye un triángulo sexual, motivo que Winterson repetiría en la obra a analizar en este trabajo, *Gut Symmetries*, y en *The Powerbook* (2000). Estos son los principales hitos en la trayectoria literaria de la autora, aquellos que han recibido una mayor atención crítica, pero, en los últimos años, esta también ha publicado libros infantiles, colaborado en proyectos teatrales o cinematográficos y escrito nuevos textos como su autobiografía *Why Be Happy When You Could Be Normal?* (2011), la novela gótica *The Daylight Gate* (2012) o su recreación del *Cuento de invierno* de Shakespeare en *The Gap of Time* (2015).

Regresando a la figura de Beatriz Gimeno, y entrando ya en su trayectoria literaria, cabe señalar que no es tan extensa como la de Winterson, pero incluye una cierta variedad en cuanto a su faceta creativa, por no mencionar sus obras ensayísticas y de investigación, a las que no me referiré en este apartado pero que sí utilizaré en el análisis crítico. Gimeno se inició en la escritura de ficción con una colección de relatos titulada *Primeras caricias. 50 mujeres cuentan su primera experiencia con otra mujer* (2002). En realidad, lo que hace Gimeno en esta obra es ficcionalizar, en primera o tercera persona, los testimonios a los que alude el subtítulo, basados en hechos reales. En 2005, la autora lleva a cabo su debut en la novela con *Su cuerpo era su gozo*, una obra de resonancias históricas que narra el despertar erótico de una pareja de chicas adolescentes durante el franquismo, cuya relación será objeto de una dura persecución por parte del régimen, desde los estamentos médicos, policiales y demás autoridades de la época.

Su siguiente obra fue *Sex* (2008), el recopilatorio motivo de estudio en este texto y en el que la autora se propone romper el silencio de las autoras lesbianas a la hora de escribir pornografía; pornografía explícita, no erotismo, tal y como Gimeno señala en el prólogo-manifiesto del volumen, de carácter reivindicativo y político. Si la pornografía heterocentrada y tradicional utiliza, por lo general, las relaciones lésbicas como un simple elemento de excitación para el potencial espectador heterosexual, en este volumen Gimeno se propone escribir pornografía para lesbianas y, de hecho, presupone “lectoras”, no lectores (2008: 17). En su segunda novela, *Deseo, placer* (2009),

la autora continúa reflejando tabúes poco visibles de la sexualidad no normativa, pero, en este caso, cambiando el enfoque y acercándose más a las teorías *queer* del deseo, con la historia de una poderosa mujer de negocios que utilizará todos sus recursos para cumplir su fantasía: penetrar analmente a su subordinado. Además del ámbito de la prosa, Gimeno tiene dos poemarios publicados: *La luz que más me llama* (2009), en el que, al igual que en la novela anterior, el deseo es uno de los ejes más sólidos de la voz poética que, ya desde dentro del campo semántico, entra en contacto con la tradición hispánica, por ejemplo, de la mística; y *Al menos flores, al menos cantos* (2012), en el que se repiten temas como la soledad, la pérdida, el miedo y el desamor, además de contener algunas composiciones de temática social, reflejando la situación del contexto de su época, la de un pueblo defraudado y empobrecido.

3. ACERCAMIENTO A LA BISEXUALIDAD Y CONCEPTOS AFINES

El asunto que me dispongo a abordar en este epígrafe, previo a la parte analítica del trabajo, resulta, como se apuntó en la introducción, proclive a la polémica y, no obstante, en muchos casos permanece silenciado, invisible, como si el mero hecho de ser motivo de análisis fuera positivo por otorgarle una pátina de visibilidad. Debido a la falta de conocimiento que suele aflorar respecto a esta clase de realidades, han surgido toda una serie de mitos recurrentes, asociados a estas, algunos de los cuales podrán verse reflejados en los textos de estas autoras. Precisamente, el hecho de su escasa representatividad en el conjunto de los colectivos LGTB fue el motivo de que, en el contexto español, la propia FELGTB, que llegó a presidir Beatriz Gimeno como ya se ha indicado, no añadiera esa “B” final hasta 2006, como recuerda Domínguez Ruiz (2017: 27) y de que, una década después, la propia federación inaugurara en 2016 el Año de la Visibilidad Bisexual en la Diversidad (2017: 29). Este autor señala, además, cómo durante ese año se difundió un decálogo, a modo de argumentario, que comenzaba con una definición de la propia bisexualidad:

La bisexualidad es la orientación sexual de quienes sienten atracción sexual, emocional y/o romántica hacia personas de más de un género y/o sexo, no necesariamente al mismo tiempo, de la misma manera ni con la misma intensidad. (2017: 161)

Esta definición, que proviene de Robyn Ochs (2017: 29), es la que defiende la FELGTB aunque, como es lógico, no es la única, pero sí pretende ser más completa y cerrada que otras precedentes. Lo que resulta evidente, a la luz de cualquiera de ellas, es que la bisexualidad se considera una orientación sexual, defendible como tal, una orientación que, como recuerda Riesenfeld, no es sinónimo de “relación sexual” (2006: 19). Esta autora alega que no se deben hacer equivalentes los actos sexuales en sí con los sentimientos más generales. De esta manera, podría haber personas que tuvieran relaciones sexuales con gente de ambos sexos y no solo por esa mera circunstancia podrían ser consideradas bisexuales (2006: 32). Si hay algo en lo que tanto esta como otras autoras y autores coinciden, a la hora de valorar la negación de la bisexualidad, es en que esta orientación tiene difícil cabida en una sociedad que suele adoptar esquemas binarios a la hora de describir los rasgos de personalidad de sus miembros.

Son las “polarizaciones” (2006: 33) a las que alude Riesenfeld, en las que no existen los términos medios y la ubicación pertenece a uno u otro de los extremos. “¿Se puede encerrar toda la complejidad de la sexualidad humana en dos categorías?”, es la pregunta que se formula Darío López (2004: 16). Y estas categorías, como explica el autor, fueron creadas y, durante siglos, contrapuestas como lo “normal” frente a lo “anormal”, es decir, lo “heterosexual” frente a lo “homosexual” (2004: 16).

Los sentimientos de negación frente a estas realidades derivan en una actitud discriminatoria de entidad propia. Más allá del término “homofobia” como una especie de “paraguas” para aludir al rechazo a todas las orientaciones e identidades sexuales fuera del ámbito normativo, existe la “bifobia”, no en vano así titula Domínguez Ruiz su obra. Para Obradors-Campos, por “bifobia” se entendería “la opresión sistemática que nosotras, las personas bisexuales, experimentamos por nuestra orientación sexual y como consecuencia de una visión del mundo heterosexista hegemónica” (2011: 211). Y, de hecho, este sentimiento que describe Obradors no solo se da por parte de la sociedad heteronormativa, sino que también existe en las propias asociaciones de personas no heterosexuales, algo que Domínguez Ruiz subraya; si la “bifobia heterosexual” se basa, en gran medida, en el desconocimiento, la que provocan aquellas personas no heterosexuales lo haría en la negación y el rechazo (2017: 68). Y se produce un rechazo más visible entre los homosexuales que entre las lesbianas, probablemente debido al uso de la bisexualidad como estrategia transitoria por parte de algunos gais antes de su salida del armario.

No obstante, como señala Quiles, también se da el caso contrario: hay personas que pasan por un período en el que se consideran homosexuales, hasta que al fin se dan cuenta de que no lo son y asumen su bisexualidad (2002: 97). Para Quiles, la confusión de muchas de estas personas se debe a la falta de información y también incide en cómo la bifobia suele ser más común entre gais y lesbianas (2002: 102). En todo caso, por lo general resulta más corriente el que el rechazo venga por parte de hombres que se definen como gais hacia hombres bisexuales, incluso dentro del activismo, como refleja Domínguez Ruiz en su obra. Quizá como consecuencia de esa falta de conocimiento que ha existido sobre la bisexualidad hasta una fecha reciente, hay activistas históricos, como Shangay Lily, que reniegan de su importancia, cuando no de su mera existencia. Lily, cuya obra constituye un ataque a las que llama asociaciones “oficiales”, habla de “los supuestos bisexuales” y niega su relevancia en el activismo, acusando a estas personas de victimistas y cobardes (2016: 272). Es cierto que descalificaciones tan frontales como las que despliega este autor no son comunes, sino, más bien, la bifobia estaría en un nivel de más baja intensidad, por ejemplo dentro de aquellas mismas asociaciones a las que Lily critica. Sea como fuere, la bifobia aparece reflejada en estadísticas como las que enumeran Kristal y Szymanski; entre ellas, los mayores porcentajes de intentos de suicidio entre los hombres y mujeres que se definían como bisexuales o el mayor uso de drogas por parte de varones bisexuales (2006: 27-28).

El hecho de considerar la bisexualidad como una fase transitoria hacia la homosexualidad, al que antes aludí, forma parte de la serie de mitos y estereotipos que mencionaba al comienzo de este epígrafe. Puede que, en efecto, declararse bisexual

no sea más que un momento de transición, como apunta Riesenfeld (2006: 45). Sin embargo, para otras personas no es esto lo que sucede, sino que resulta una parte integral de su vida (2006: 46). No obstante, sobre muchas de estas siguen pesando acusaciones de inmadurez o de indecisión, tal y como expone Domínguez Ruiz (2017: 85). Este autor también considera que

el hecho de que muchas personas sigan utilizando la bisexualidad de forma estratégica para reducir los riesgos aparentes de la salida del armario es señalado como el gran causante de las dudas sobre la realidad de la bisexualidad. (2017: 85)

El “mito de la fase” ha adquirido una gran extensión y persistencia aunque, como indica López, ni siquiera es exclusivo de las personas bisexuales. Cualquier comportamiento no heterosexual se ha visto, de un modo u otro, como una etapa temporal que terminaría con el regreso a la pretendida normalidad (2004: 65). Y, sin embargo, como recalca este autor, no se puede afirmar de forma taxativa que realidades como la sexualidad o el deseo permanezcan inmutables a lo largo de toda la trayectoria vital (2004: 67). Herdt y Boxer, analizando los ambientes juveniles de Chicago, dan muestra de cómo la bisexualidad, tanto en este como en otros ámbitos, puede ser un “estado identitario discutido” (2003: 224), al que muchos jóvenes consideran como “una fase social y cierto paso en el desarrollo hacia la formación de personalidades y relaciones sociales identificadas como gais o lésbicas” (2003: 224). Además de este, existen otros mitos asociados al espectro de la bisexualidad, ya estén o no relacionados con esta concepción de la fase transitoria, como aquellos que se refieren a la confusión, la duda, la promiscuidad o la infidelidad, los cuales son recogidos de forma mayoritaria por estas autoras y autores en sus tratados.

A modo de conclusión, podría señalarse la bisexualidad como una manera de trascender esa visión dicotómica y cerrada ya expuesta, sustituyéndola por un espectro de más amplias posibilidades; en cierto modo, una especie de escala como la que apareció en las investigaciones del célebre pionero Kinsey en Estados Unidos, y que incluyen en sus obras López (2004: 24), Riesenfeld (2006: 100-101) o Kristal y Szymanski (2006: 16-17). Este estudioso de la sexualidad ya había sugerido, a través de recursos como este, que el deseo erótico es un continuo, más allá de categorías estáticas. Este concepto del continuo hace recordar al del “continuo lesbiano” de Adrienne Rich, si bien, según esta autora, su expresión trascendería el ámbito de la sexualidad, englobando una serie de experiencias relacionadas con la identidad femenina, como diversas formas de resistencia política ante la dominación masculina, más allá de que las mujeres protagonistas de estas hubieran tenido o deseado conscientemente un contacto erótico con otra mujer (1994: 51). Este concepto puede dar lugar a interpretaciones erróneas, como indica la propia Rich, pero la autora lo considera útil para ampliar todas las variaciones posibles de lo que denomina como “female-identified experience” (1994: 69).

Y, en efecto, el punto de vista de Rich resultaría apropiado para el análisis de las identidades lésbicas en la obra de Gimeno y Winterson, si bien en este trabajo se prestará una mayor atención al espectro de la bisexualidad, que no es monolítico, sino que también se relaciona con otras formas aledañas que, en la actualidad, han ganado

en visibilidad, no sin controversia. A este respecto, Domínguez Ruiz se refiere a términos como “pansexualidad”, “plurisexualidad” o “*queer*” como no solo etiquetas alternativas sino, además, posibles estrategias de adaptación que las personas bisexuales utilizan para evitar los prejuicios asociados a la bisexualidad en sí (2017: 132-133). Con todo, el autor considera que una interpretación amplia del concepto de bisexualidad, en la que podrían incluirse estas realidades desgajadas, podría fortalecer su significado, dotarle de “un potencial revolucionario o rompedor” (2017: 138), no contemplarlo como un mero compartimento estanco. Esta ampliación del espectro bisexual podría dotarle de un alcance que desterrara la idea de que las personas bisexuales parezcan una minoría dentro de otra minoría.

4. ANÁLISIS COMPARATIVO Y CRÍTICO DE LAS OBRAS

. *Sex*

Esta recopilación de relatos parte de un objetivo muy concreto por parte de la autora, una finalidad que explicita en el texto introductorio a su obra: Gimeno pretende “sacar del armario” al sexo lesbiano (2008: 12). De este modo, uniendo su faceta de activista a la de narradora, se anticipa de entrada a las posibles críticas hacia el punto de partida de esta antología, pues, aun cayendo en el ámbito de la pornografía explícita, lo considera un recurso útil para derribar los tópicos sobre las relaciones eróticas entre mujeres: “No sólo somos, por supuesto, sexuales, sino que nuestro sexo no siempre está hecho de ternura, de amor y de caricias. A veces es violento o agresivo, a veces juega por el poder y el control” (2008: 13). Es decir, Gimeno pretende abrir una brecha en esa dicotomía por la cual el sexo masculino se asociaría siempre a la agresividad mientras que, como señala Osborne, exponiendo las consecuencias de aplicar un determinismo biológico, “nosotras, en tanto que mujeres, confiamos más en el amor, la sensualidad, el humor, la ternura y el compromiso” (1993: 43).

Cabría plantearse, en este punto, si resulta coherente buscar representaciones bisexuales en una colección de textos cuyo principal argumento es el de visibilizar la sexualidad practicada entre mujeres, el erotismo lésbico. La obra no se vertebra en torno a un triángulo “mujer-hombre-mujer”, como sucede en *Gut Symmetries*, pero eso no significa que las relaciones no monosexuales permanezcan ausentes del discurso, ya sea de forma directa o indirecta. Visto lo cual, he seleccionado una breve muestra de textos en los que analizaré de qué modo se cumple la premisa de esta investigación, de manera más o menos extensa según cada ejemplo. Estos son “Con los ojos cerrados” (19-25), “El que sobra es él” (119-127), “Infidelidades” (155-159) y “Nochevieja” (203-211). Algunos de estos relatos cuentan con protagonistas que podrían considerarse, aunque no lo declaren de modo explícito, dentro del espectro de la bisexualidad, mientras que otros describen situaciones o actitudes que concuerdan con motivos asociados a la misma. El primer cuento que aparece en *Sex*, “Con los ojos cerrados”,

narra una historia de equívocos y giro final, la de una mujer enamorada de su amiga, a priori, heterosexual y con novio. Cuando ambas se disponen a mantener una relación erótica y la protagonista es cubierta con un antifaz, como indica el título, una tercera persona se une y ella cree que es el novio, lo cual le provoca repugnancia. Sin embargo, al final resulta, para su alivio, que se trata de otra mujer. Desde un principio, el personaje principal justifica de esta manera el hecho de que prefiera no enamorarse de heterosexuales: “Tarde o temprano ellas se enamorarán de un hombre y, desde mi punto de vista, eso es humillante. Estoy dispuesta a compartir a una mujer, pero desde luego no con un hombre” (2008: 20). Dentro del dualismo que establece este personaje, no parece haber otra opción en el binomio “hetero/homosexualidad”.

Aunque no las nombra, cabría señalar que sus precauciones podrían ser las mismas hacia, por ejemplo, las mujeres bisexuales. De hecho, uno de los mitos más asentados al respecto de estas últimas es el de la “traidora bisexual”, que recoge Hemmings. Esta autora considera que esta clase de mujer sería vista como una especie de “agente doble” de la política sexual, vendiéndose al mejor postor (1995: 46). La bisexualidad, de este modo, “se percibe como un tipo de conducta que compromete la auténtica identidad lesbiana, como una transgresión de los límites que definen el lesbianismo”, según Viñuales (2006: 90). Sea como fuere, la protagonista de este relato sostiene que “cualquier mujer puede ser lesbiana y jamás me ha detenido la presunta heterosexualidad sin fisura de algunas mujeres” (2008: 20). Este aserto, colocado al comienzo de su obra, entronca con la elección que la propia Gimeno dice haber llevado a cabo en la introducción a su tratado teórico *Historia y análisis político del lesbianismo* (2005):

yo siempre he mantenido que escogí ser lesbiana y que dicha elección fue una consecuencia de mi compromiso feminista [...] Yo escogí ser lesbiana y viví mi lesbianismo como una liberación personal. Hacerme lesbiana me hizo más libre, y me gustaría que muchas mujeres supieran que esa posibilidad existe y está abierta para cualquiera. (2005: 21-22)

De este modo, la postura netamente política y antiesencialista con que la autora se refiere a su lesbianismo coincide en cierta manera con la de su personaje, si bien este no expone explícitamente una ideología política y feminista concreta.

El lesbianismo como opción en el discurso de Gimeno también se puede poner en relación con la obra de Wittig y su consideración de la lesbiana como categoría política. Célebre es su afirmación de que “las lesbianas no son mujeres” (2010: 57), pues el término “mujer”, para ella, “no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales” (2010: 57). Wittig habla desde una “lucha de clase”, en la que conceptos como “hombre” y “mujer” serían políticos, de oposición, y esta lucha entre hombres y mujeres sería la que aboliera a los propios hombres y mujeres (2010: 53). Kath Weston, por su parte, afirma que “algunas feministas lesbianas presentaron el lesbianismo como una decisión política que hablaba de compartir lo mejor de sí mismas con otras mujeres y negarse a participar en las relaciones patriarcales” (2003: 73). No obstante, Weston sostiene que el sentimiento generalizado de las mujeres y hombres a quienes había consultado para su estudio era el de concebir su sexualidad como “algo innato o como una predisposición que se

desarrolla en edades muy tempranas” (2003: 73). Al margen de estas argumentaciones, lo que muestra el desenlace de este relato, al igual que el del siguiente que analizaré, es un regreso a la “normalidad” de la protagonista, entendida esta como una identidad sexual de la que el erotismo con hombres está excluido. Así, Gimeno subvierte las expectativas del porno más normativo, un motivo que retomaré en el comentario al siguiente texto.

Este se titula “El que sobra es él” y, ya desde la propia frase que Gimeno ha escogido para encabezarlo, puede comprobarse la pretendida exclusión masculina en la relación que narra. La protagonista, al igual que ocurría en el texto anterior, no oculta su repugnancia, al menos desde una perspectiva erótica, hacia los hombres; sin embargo, una vez más se produce la situación en la que se enamora de una amiga que ya tiene pareja masculina. Y también se repite el recurso a un juego sexual: la mujer de la que está enamorada está dispuesta a que se acuesten juntas, pero con la condición de que el marido las observe, oculto (2008: 123). Se trata, pues, de un episodio de carácter voyeurístico, que remite a la pornografía, sí, pero a las fantasías pornográficas más “normativas”, por así decirlo, aquellas en las que las relaciones de tipo lésbico se consideran tan solo una manera de estimular al espectador en potencia, un varón heterosexual. Ruiz Román, en su artículo “Una pornografía de ellas sin ellas: la representación de la sexualidad lesbiana en internet” (2008), expresa hasta qué extremos puede llegar la segmentación de los cuerpos femeninos en este tipo de material audiovisual, así como la cosificación que se produce para el disfrute de los potenciales consumidores:

Convertidas en objetos de cuerpos fragmentados y fetichizados, cada parte es explícita y grotescamente indicada cual diana: manos que abren rectos hasta la dilatación antinatural, labios vaginales salientes y coloreados, bocas que dibujan enormes círculos perfectamente diámetroados, etc., y todos destacados para que ellos (los consumidores) no desvíen la atención de lo que se les ofrece. (2008: 225)

Así que, aunque se hable de una “pornografía lésbica”, como apunta Rich, lo cierto es que esta es creada para el ojo del varón, y se ha vaciado de cualquier vestigio de contexto emocional o de individualidad personal (1994: 40).

Además, existe otra clase de tópico en la relación entre dos mujeres dentro de este marco de porno estándar, el de la pareja que se vuelve triangular cuando entra en escena el hombre, interrumpiéndolas como un elemento fálico y dominante, al que ellas se van a subordinar a partir de ese entonces. Es un motivo tan extendido que, al hablar de una posible categoría “bisexual” en las representaciones pornográficas, suele hacerse para referirse a escenas protagonizadas por dos hombres y una mujer, en las que aquellos mantienen un contacto carnal tanto entre sí como con esta última. El caso contrario, como se señaló, está perfectamente integrado dentro de la pornografía de tipo heterosexual y hegemónico, la del varón completando una relación que parecía igualitaria y asumiendo como propio el mando jerárquico de la misma. En este contexto de las “coreografías de la industria pornográfica”, como señala Gómez Beltrán, “el pene es el cetro del varón masculino, el que sirve como fuerza tautológica de su propia existencia y su poder. Cuanto más grande más virilidad y por lo tanto más seguridad

personal en sus capacidades como hombre” (2017: 148). Las representaciones de esta índole se basan en el “coitocentrismo” y el “falocentrismo” a los que se refiere Dolera, los sistemas por los que se trata de “poner el falo en el centro, como si en el sexo todo debiera girar en torno al pene” (2018: 169).

Sin embargo, una obra como *Sex* se podría encuadrar en un género diferente, conocido como “posporno”. Diana J. Torres entiende este como una manera de representar la sexualidad humana que, frente a esa pornografía hegemónica ya aludida, se lleva a cabo “desde puntos de vista feministas y no normativos” (2015: 140). Es una realidad conectada con otras como el “porno para mujeres” que abandera, por ejemplo, Erika Lust. Esta opina que, más allá de la crítica feminista que ya en los años sesenta y setenta se hacía del porno convencional, lo que se debe llevar a cabo es la reivindicación de la participación femenina en este formato: “Creo que si las mujeres participamos en el discurso de la pornografía tendremos ante nosotras una excelente oportunidad para explicar a los hombres nuestra sexualidad de manera muy explícita y gráfica” (2008: 221). No obstante, autoras como María Llopis discrepan de la tesis de Lust, al considerar que “presenta la sexualidad de la mujer como un producto homogéneo, con unas necesidades específicas como colectivo” (2010: 187).

El relato de Gimeno, en esta línea desmitificadora de la pornografía estándar, se cierra con un giro subversivo final, como sucedía en el anterior. El desenlace supone una vuelta a la “normalidad”, considerada esta como una especie de reverso de dicha pornografía. Si en esta lo esperable, como ya se indicó, sería que, tras la exhibición erótica de las dos mujeres, el hombre entrara en escena para constituir el centro de esta, en esta ocasión no solo no entra sino que permanece en las sombras, hasta que su presencia es finalmente anulada. En un instante post-orgasmo, la protagonista vuelve a la realidad y es consciente de su presencia:

Entonces, cuando se echaban las dos hacia atrás, exhaustas, Yolanda vio a Julián a través del espejo, sentando en un sillón, mirando, y sintió ganas de llorar y una sensación parecida a la náusea. (2008: 127)

La amante de la protagonista no solo cierra la puerta tras la que se esconde el voyeur, sino que además le dice a esta que va a abandonarle para vivir con ella (2008: 127). Es una especie de “final feliz” en el que, de algún modo, Gimeno parece buscar un claro contraste e incluso una compensación ante todas aquellas escenas referidas en las que el sexo lésbico es solo la excusa, el elemento introductorio para la relación heterosexual y “completa”.

En los dos últimos ejemplos que voy a utilizar respecto a esta obra, aparecen mujeres que, a diferencia de las precedentes, sí admiten tener relaciones con hombres, aunque, ya sea a través de sus actos, sus palabras o ambos, manifiesten una tendencia más a favor del erotismo entre mujeres, al margen de que sea o no en una relación más o menos estable. En “Infidelidades”, tanto la protagonista como su amiga y futura pareja sexual están casadas con hombres, lo cual no les resulta un obstáculo para llegar a esa situación a la que alude el título: “No fue una sorpresa que la deseara, porque me gustan los hombres y las mujeres y tengo relaciones con ambos. Pero Carolina parecía

una heterosexual sin fisuras y siempre hablaba de hombres” (2008: 156). De este modo, la narradora parece declararse, de forma implícita, bisexual, a la vez que, a través de su relación, hace cuestionar esa orientación “sin fisuras” de su amiga, a la que había aludido. La infidelidad, el término que escoge Gimeno para encabezar este texto y que resume la clave del argumento, también forma parte de otro de los mitos asociados a las personas bisexuales. Domínguez Ruiz relaciona esta característica, junto con la de la promiscuidad, con el hecho de que las y los bisexuales, en muchos casos, se perciben desde una perspectiva de “hipersexualización” (2017: 93). En este sentido, como recuerda el autor, siempre son más susceptibles de ser tildadas de “viciosos o viciosas por la posibilidad de tener relaciones con más personas, desde la presunción de que la bisexualidad implica por fuerza la atracción por todo el mundo” (2017: 94).

Viñuales también habla del “vicio” como un elemento asociado a esta realidad, además de citar otros estereotipos como la posibilidad de contraer enfermedades venéreas al relacionarse con mujeres bisexuales o el hecho de que se ponga en cuestión “la posibilidad de mantener una relación de pareja estable o duradera con quienes se definen como tales” (2006: 91). Aunque, como indica la propia Gimeno en su tratado sobre la prostitución, esta estrategia de la hipersexualidad no se asocia tan solo con el hecho bisexual, sino que es un reflejo de la banalización erótica que, a juicio de la autora, se ha producido en la sociedad posmoderna actual: “Vivimos en una creciente mercantilización del placer y un omnipresente estímulo para consumir sexo sin compromiso, sin esfuerzo, sexo de usar y tirar” (2012: 92). Es una idea a la que también alude Ana de Miguel, la de haber llegado a un punto en el que “tener muchas relaciones sexuales es estupendo, moderno y transgresor, es antisistema” (2015: 159). No obstante, esta pátina de hipersexualización que pretende aplicarse sobre las personas bisexuales no significaría que se creara en torno a estas una imagen más subversiva o moderna, sino que se enmarcaría en esa noción del “vicio” ya citada por Domínguez Ruiz.

Riesenfeld también incluye la infidelidad como uno de los mitos recurrentes, señalando cómo suelen producirse confusiones entre realidades como la monogamia y la fidelidad:

Numerosas parejas tienen acuerdos y pactos que les permiten estar con otras personas y no ser monógamos, pero sí fieles, ya que ha sido pactado. Hay también parejas que tienen un acuerdo de monogamia que se rompe cuando alguno de los dos mantiene relaciones sexuales con alguien más: esto sí puede llamarse “infidelidad”. Ambas situaciones pueden sucederle a gente de cualquier orientación sexual, y no se ha observado que ocurra en mayor grado con ninguna de ellas. (2006: 59)

En este relato, dicho pacto de monogamia se rompe, sin duda, pero, a diferencia de lo que sucedía en el anterior, no estamos aquí ante el episodio de una mujer que abandona a su marido para estar libremente con otra; la protagonista alterna ambas realidades, lo cual concuerda con otro de los mitos asociados a la bisexualidad, que es el de la alternancia “obligatoria” (Domínguez Ruiz, 2017: 91) de parejas sexuales:

Ambas estamos casadas y ambas hemos decidido no poner en riesgo nuestras respectivas parejas. Al fin y al cabo, todas las historias se acaban pareciendo y no merece la pena, en mi opinión, cambiar de vida para pasar de una a otra, a no ser que la que se viva sea insoportable.

Pero quiero a mi marido, me gusta mi vida con él y también me gusta Carolina y el sexo con ella. (2008: 155)

En todo caso, la situación que aparece en el relato no tendría por qué asociarse de modo exclusivo con la bisexualidad, sino con la evolución de las relaciones a lo largo de los últimos tiempos, con el surgimiento de otros modelos, como las parejas abiertas que gestionan la fidelidad de forma pactada, como se señalaba en el texto de Riesenfeld. En el relato de Gimeno no existe ese pacto en la pareja monógama, pero sí una combinación de dos alternativas, que motiva una comparación bastante frecuente en estos casos, la de las diferencias entre las relaciones sexuales normativas y aquellas practicadas entre mujeres.

Respecto a estas últimas, la protagonista inicia a otra mujer en este terreno, y resalta los matices propios de esta clase de sexualidad: “Me gustaba que ella nunca lo hubiera hecho con una mujer, porque percibía claramente cómo le excitaban aquellas caricias leves en sus pezones. Los hombres no suelen hacer estas cosas, pues suelen ser muy aburridos en la cama” (2008: 157-158). Esta opinión resulta, en todo caso, un estereotipo especialmente relacionado con una clase de varón para quien la sexualidad gire en torno a la penetración y cuyo único fin sea obtener su propio placer, no el de su pareja. Ciertamente que, como ya se ha señalado, se tiende a asociar las relaciones entre mujeres a una mayor ternura, una mayor imaginación, pero ya Gimeno en el prólogo de esta misma obra advertía de los riesgos de generalizar de esta manera (2008: 13).

En esta misma línea temática se encuentra el ejemplo de “Nochevieja”, también con una protagonista que confiesa haberse acostado con hombres ocasionalmente:

A veces he follado con tíos, a veces me he metido o me han metido un vibrador y lo cierto es que, si de meter algo se trata, lo mejor es por detrás, porque se nota mucho más. Cualquier cosa que te penetre por detrás roza el clítoris al entrar y, al mismo tiempo, produce una cierta sensación de que te rompe por dentro. (2008: 209)

El hecho de que este personaje admita no solo haber tenido relaciones con hombres, sino también haber sentido placer al ser penetrado por estos o bien por un objeto de forma fálica, lo diferencia de otros que aparecen en textos de esta misma obra. Por ejemplo, Gimeno incluye un relato a continuación de este llamado “Regalos de cumpleaños” (2008: 213-219), en el cual su protagonista se identifica como lesbiana y no le gusta ser penetrada por ningún tipo de objeto, mucho menos por alguno que recuerde a un “pene de verdad” (2008: 216). La figura del falo, en sí, ostenta un estatus político, jerarquizador, que puede producir rechazo en las relaciones lésbicas, aunque no se trate más que de una réplica.

En *Cuerpos que importan*, Judith Butler se refiere a este tema:

Si el falo es aquello excomulgado de la ortodoxia feminista sobre la sexualidad lesbiana así como la “parte faltante”, el signo de una insatisfacción inevitable que en las construcciones homofóbica y misógina es lesbiana, luego, la admisión del falo en ese intercambio debe afrontar dos prohibiciones convergentes: primero, el falo significa la persistencia del “espíritu heterosexual”, una identificación masculina o heterosexista y, por consiguiente, la deshonra o la traición de la especificidad lesbiana; en segundo lugar, el falo significa el carácter insuperable de

la heterosexualidad y constituye el lesbianismo como un esfuerzo vano y/o patético por imitar lo auténtico. (2002: 135-136)

Judith Gardiner, en su artículo “Female Masculinity and Phallic Women” (2012), establece un recorrido por lo que se considera como “masculinidad femenina”, desde la concepción freudiana de Stoller en los años setenta, que la considera una aberración psicológica (2012: 587), hasta, de nuevo, la obra de Butler, que establece la noción del “falo lesbiano”, sosteniendo que la imagen del falo como herramienta del poder masculino debe ser subvertida y convertida en una alternativa feminista y *queer* (2012: 591-592). Esta clase de “lesbian phallus”, no obstante, resulta una abstracción que, como indica Gardiner, la posterior obra de Halberstam trata de aplicar a una variedad de mujeres masculinas. Para Halberstam, este concepto del falo lesbiano también indica un rechazo al feminismo lésbico “woman-identified” que tenía como representante a Rich, asegurando que la masculinidad femenina es un género independiente, que no pretende imitar la de los hombres, sino aparecer como una versión alternativa (2012: 595).

En todo caso, regresando a la figura del falo que aparecía en este último relato de Gimeno, Preciado recuerda que “la mayoría de los juguetes sexuales que se agrupan bajo la denominación *dildo* no son ni pretenden ser una mera imitación en plástico o silicona de una ‘polla’ (algunos de ellos están más cerca de una mano o una lengua prostética, por ejemplo)” (2011: 187). Para la propia Gimeno, el falo es un instrumento de poder, de agresión, de actividad sexual, de autoridad, el símbolo de la masculinidad y, como sostenía Butler, cree que las mujeres también podrían querer reapropiarse de él a través, por ejemplo, de juegos eróticos que intercambiasen los roles basados en el binomio “actividad/pasividad”, con el fin de explorar una masculinidad más receptiva a adoptar esa actitud “pasiva” que se suele asociar a la sexualidad femenina (León Prieto, 2018: 3).

En “Nochevieja”, al igual que en el anterior texto que analicé, la protagonista confiesa de modo directo el tener o haber tenido relaciones sexuales con hombres y con mujeres; la diferencia estriba en la distinta visión con la que los personajes de ambos textos abordan el tema del compromiso. Si en “Infidelidades” el personaje se mostraba cómodo con su relación de pareja y su marido, en el último relato la narradora acude a una fiesta de Nochevieja en la que es una de las pocas personas solteras, situación que le produce estas reflexiones:

Las parejas me aburren a morir. Me aburren las parejas que van juntas a todas partes y que en las reuniones sociales se comportan como parejas; que se sientan juntas, que cuchichean al oído como si no lo tuvieran ya todo dicho [...] Cuando he tenido parejas y hemos ido juntas a algún sitio, he evitado en lo posible comportarme como si ella fuera mi otra mitad. Nunca soy la mitad de nada: soy una persona completa que nunca abdica de sí misma. (2008: 203)

De este modo, encontramos dos personajes que, ostentando un comportamiento de tipo bisexual (si bien, en el contexto de esta obra, se escora más hacia una sexualidad femenina), defienden diferentes pautas de compromiso respecto al hecho de tener una pareja estable, al margen del género de esta. A la luz de esta comparativa, cabría señalar cómo esta orientación no puede ser asociada con un tipo concreto de actitud,

sea esta la infidelidad, la promiscuidad o la falta de estabilidad afectiva, por poner algunos ejemplos.

. *Gut Symmetries*

Durante la aproximación a la obra de Winterson, me había referido a cómo esta autora descartaba la etiqueta de “escritora lesbiana” que le habían atribuido, en especial debido al notable éxito de su debut novelístico, el *bildungsroman* de tipo lésbico *Oranges Are Not the Only Fruit*; no obstante, ya en sus siguientes obras había ido abriéndose hacia nuevos ámbitos de fluidez en cuanto a la orientación e identidad de género, llegando a alcanzar un punto de giro en *Written on the Body*, con su voz narrativa pretendidamente agénica. Merja Makinen indica cómo Winterson ha llevado a cabo una evolución, desde un feminismo lesbiano inicial, hacia una estrategia de carácter más *queer* y pone como ejemplo, además de la última novela que he mencionado, las “relaciones heterosexuales”, según las califica la autora, que aparecen en *Gut Symmetries* (2005: 3). Serían elementos como estos los que habrían llevado a sugerir a algunas teóricas, citando el ejemplo de Pearce, que las lectoras lesbianas de Winterson podrían sentirse decepcionadas ante esta aparente pérdida del concepto de “deseo lésbico” en su obra (2005: 3). No obstante, pudiera considerarse que, si Makinen alude a unas relaciones de tipo “heterosexual”, frente al elemento lesbiano que habría cumplido las expectativas de esas hipotéticas lectoras, lo hace dentro de una estructura dual y binaria, más cerrada que la estrategia triangular en la que bascula la trama de esta obra.

Sin embargo, el propio binarismo que delata esta consideración aparece en la novela, ya en el propio prólogo, junto a una serie de mitos de los que la humanidad se ha valido para intentar descifrar el universo y el cosmos a lo largo de los tiempos. Serían pares oposicionales como “black/white, good/evil, male/female, conscious/unconscious, Heaven/Hell, predatory/prey” (1997: 5). Se trataría de una serie de “dicotomías absolutas”, como las califica Osborne, quien indica que “no surgen aisladamente sino que se encuentran insertas en un sistema más amplio de oposiciones y mandatos que las legitiman” (1993: 57). Dentro de estos pares, de los que Winterson solo ofrece una pequeña muestra, podría colocarse también la oposición entre “heterosexual” y “homosexual”, en la que se basaba antes la crítica comparativa entre la presente obra y otras anteriores en la trayectoria de la autora. Otro de los mitos recurrentes, entre los que han ido apareciendo, sería el de entender la bisexualidad como una mera alternancia entre relaciones heterosexuales y homosexuales, algo a lo que ya me referí en el caso de Gimeno. Se interpretaría como una sensación de obligatoriedad en esa alternancia que, según indica Domínguez Ruiz, podría basarse en “un error de concepto en torno a la bisexualidad: una creencia de que es una atracción por fuerza simultánea y al mismo nivel por todo hombre y por toda mujer” (2017: 93). Sin embargo, ya al comienzo de la novela *Alice* se refiere de este modo a sus sentimientos por los otros dos protagonistas: “I said there was a love affair. In fact there are two. Male and female God created them and I fell in love with them both”

(1997: 16). Breve tiempo después en su relato, se reafirma en esta idea: “Jove had a wife. I was in love with them both” (1997: 19). El personaje no los considera amores alternos, sino, por expresarlo así, paralelos, coexistentes.

No obstante, existen voces teóricas que sí consideran a esta obra como reflejo de un fuerte carácter binario, al menos en ciertos sentidos concretos. Es el caso de Grice y Woods, quienes, dentro del discurso científico que subyace a la novela, opinan que existe, de hecho, una oposición dual, entre el factor masculino como representante de la ciencia racional, cuyo símbolo sería Marte, y el factor femenino como un elemento fluido, irracional y caótico, bajo el signo de Venus (En Makinen, 2005: 148). Al respecto de esta dicotomía, semejante en estilo a las que antes fueron citadas, Gimeno, en su tratado sobre la lactancia materna, afirma: “No está de más recordar aquí que el tándem mujer-naturaleza/hombre-cultura está desde el principio, de múltiples formas, en el corazón del patriarcado y desde el origen de este” (2018: 209). Y el discurso científico, como subraya Gimeno, es un discurso androcéntrico, que sigue los patrones de la ideología dominante y que puede volverse tan dogmático como cualquier religión (2018: 219-220), y que, según argumenta Valls-Llobet, afecta de modo sistemático a la vida y el bienestar de las mujeres, por ejemplo, respecto al hecho de que sus patologías médicas más frecuentes hayan permanecido invisibles, cuando no hayan sido calificadas de inferiores (2009: 156-157). Para Grice y Woods, el patrón binario al que aluden concuerda con pares dicotómicos y estereotípicos, por ejemplo aquellos que la propia Winterson mencionaba en su prólogo, que no ayudan a modificar la posición tradicional en cuanto a las valoraciones de género. Estos autores, sin embargo, otorgan distinta consideración a la manera en la que aparecen representadas las relaciones entre cada parte de este triángulo, en la que la establecida entre Alice y Stella resulta más rica y detallada que aquella que establecen Alice y Jove. Y, además de este factor cualitativo, entre ellas existe mayor igualdad en el desarrollo de su actividad erótica, frente a la figura patriarcal de Jove (En Makinen, 2005: 148).

En efecto, cuando Alice tiene su primera relación sexual con Stella, a su manera es también una experiencia de iniciación erótica, que describe de este modo: “My first serious emotion was for a married man. My first experience of authentic desire was with a married woman” (1997: 118). Así, el personaje no solo identifica su deseo como mayormente centrado en el cuerpo femenino, sino que, además, establece entre ambos cuerpos una relación especular, que Grice y Woods indican como deudora de las teorías de Irigaray, sugiriendo un componente de feminismo lesbiano frente a las posiciones que calificarían a esta obra como más “heterosexual” (En Makinen, 2005: 149). La descripción del personaje es muy significativa a la hora de llevar a cabo esta interpretación:

The reflecting image of a woman with a woman is seductive. I enjoyed looking at her in a way that was forbidden to me, this self on self, self as desirer and desired, had a frankness to it I had not been invited to discover. Desiring her I felt my own desirability. It was an act of power but not power over her. I was my own conquest. Her breasts as my breasts, her mouth as my mouth, were more than Narcissus hypnotised by her own likeness. (1997: 119)

Como puede comprobarse en este texto, la relación entre ambas, en efecto, se inscribe en un terreno de igualdad, en el que no existen las “conquistas”, lo cual podría contraponerse con la actitud de Jove y su identificación con el mito de Don Juan y otras figuras seductoras arquetípicas. Susana Onega también se refiere al uso de imágenes reflexivas en esta clase de encuentros, además de subrayar los términos de equidad y deseo mutuo que caracteriza su unión afectiva y sexual (2006: 173). Por otra parte, la figura del triángulo no resulta especialmente novedosa en la narrativa de Winterson, como ya indiqué, y su uso podría desembocar, también, en otro mito asociado a la bisexualidad, como señala López. El trío siempre ha sido una manera de explicar esta realidad, según indica el autor (2004: 51), cual si este fuese una práctica o un tipo de relación mayoritaria en las personas bisexuales. Este paradigma triangular se relaciona con otro mito ya citado, el de la bisexualidad como un estado de atracción hacia ambos sexos en la misma medida. En el caso de esta obra, como ha podido comprobarse antes, la verdadera relación igualitaria y equitativa es la que establecen las dos mujeres entre sí.

La novela, de hecho, concluirá con el triunfo del elemento lésbico frente al patriarcal, como podrá comprobarse en su momento. El signo fálico de esta ecuación viene representado por Jove, el cual ya es en sí mismo un nombre simbólico, proveniente del dios padre y patriarcal Júpiter, Zeus en la mitología griega, el dios todopoderoso que viene a sustituir a la diosa de culturas anteriores, una entidad que representa la violencia y la voracidad sexual, que utiliza cualquier subterfugio para obtener sus conquistas eróticas. La lujuria asociada a su figura se puede ver ejemplificada en *Los mitos griegos* (2009) de Robert Graves, con sus amenazas de violación, así como sus violaciones consumadas a través de diversos mecanismos y metamorfosis (2009: 63). Su carácter patriarcal también es destacado por Kate Millet, quien le tilda de “rencorosa y arbitraria figura paterna” (1995: 115). Además, para señalar la misoginia y la doble moral presentes en la religión griega, dice que “cuando desea ensalzar la sexualidad, celebra la fertilidad encarnada en el falo, mientras que, cuando desea denigrarla, cita a Pandora” (1995: 114). Y, sin embargo, incluso un dios patriarcal por excelencia como este también raptó al efebo Ganímedes para que fuera su copero personal, como recuerdan Llamas y Vidarte (1999: 96); dentro del contexto de la Grecia clásica, no obstante, una relación de este tipo no restaba nada de hombría para quien la practicara como parte activa.

Sáez y Carrascosa advierten del matiz patriarcal de la pederastia en Grecia, en la que se esperaba que el adolescente adoptara la posición “pasiva”, es decir, femenina y, no obstante, se condenaba la posibilidad del afeminamiento en los propios muchachos (2011: 39-40). Los autores inciden en cómo en Grecia o Roma la verdadera cuestión no era mantener relaciones con mujeres o con hombres, sino la posición de poder que se adoptara en las mismas, que se asociaba con el valor de la masculinidad (2011: 44). Y este factor se sigue conservando en algunas culturas actuales como la de los sambia, tal y como indican Herdt y Boxer, en la que los muchachos son inseminados oralmente por adultos, como ritual de iniciación y como un modo de transmitir ese “elixir de la vida” para otorgarles fuerza y vitalidad (2003: 222). Dada la extendida costumbre de la

autora de introducir mitos en sus obras, la transposición de ese dios grecorromano al protagonista masculino de esta novela resulta coherente, dentro del triángulo amoroso que forma con su esposa y con su amante femenina, que termina convirtiéndose en la amante de ambos.

Además de esta alusión olímpica que concuerda con la actitud de macho que despliega este personaje, Winterson incluye una referencia directa en el texto a otra figura prototípica, como es la de Don Juan, a través de la ópera *Don Giovanni* (1997: 19). Para Osborne, el donjuanismo es uno de los mitos asociados a la “mentalidad de conquista” masculina, que forma parte de los fundamentos de la violencia de género, en concreto, de las agresiones sexuales (2009: 65). Como indica la autora, “para Don Juan lo que importa es el número, la cantidad; su masculinidad descansa en la multiplicidad y el acoso, en la falta de mutualidad” (2009: 65). En este contexto de exaltación viril, el hecho de la infidelidad de Stella, si bien no deja de ser un reflejo de la que su marido he llevado a cabo en primer lugar, resulta una humillación para la hombría de este, ahondada por el factor de que haya incurrido en ella con una mujer que es su propia amante. La bisexualidad femenina, además, suele verse como “traicionera”, tal y como ya se indicó respecto a la definición de Hemmings. El estereotipo de la “bisexual traidora” no solo es recogido por esta autora, sino también por otros como Coll-Planas, que se hace eco de cómo las mujeres lesbianas tienden a desconfiar de las bisexuales por temor a ser abandonadas (2010: 233).

En la obra de Winterson, no obstante, no es esto lo que sucede al final. Jove, simbolizando al monarca del Olimpo, será destronado, pero antes deberá afrontar lo que considera una traición, traición ante lo que cree que son sus posesiones exclusivas. Más adelante en la obra, aparecerán otros mitos relacionados con la figura del varón seductor, como Lotario o Casanova (1997: 99). Jove es un hombre fálico por excelencia y acepta con naturalidad que esa es la encarnación que todo hombre digno de llevar ese nombre debe ostentar; sin embargo, al igual que Don Juan era castigado y arrastrado a los infiernos, él tendrá que enfrentarse a la humillación de que su mujer “legítima” y la “otra”, la amante, hayan iniciado una relación. Cuando finalmente las tres partes son confrontadas, Jove quiere hacer valer sus derechos de varón, los derechos que él considera inherentes como privilegios de género. O, tal y como él mismo expone, los derechos de su pene, de su falo: “Jove insists on the rights of his penis; that is, he has fucked Stella and Alice and ought to be allowed to continue to do so” (1997: 130). La hipersexualización que el personaje se otorga a sí mismo queda reflejada con la importancia que concede a su miembro viril: “Like most men he is obsessed by the size of his member” (1997: 131). Leonelli distingue entre lo que sería el órgano corporal en sí, el pene, y el falo como una figura de orden mítico:

El falo, de hecho, no es un órgano, pero en el reino de lo imaginario se convierte en un signo triunfal. El falo es el dios, el cetro del rey, el obelisco que apunta hacia el cielo para afirmar su superioridad sobre la naturaleza que aflige a la mujer; es más, la propia naturaleza es femenina. (1990: 19)

El falo, además, se asocia a la penetración, una práctica que, como indica la propia Gimeno al hablar sobre la prostitución, ostenta unas resonancias que van mucho

más allá del simple alivio sexual: “Si los hombres entienden la sexualidad ligada a la penetración (bucal, anal, vaginal) es porque ésta mantiene poderosas implicaciones simbólicas que determinan identidades, deseos, fragilidades, poder, etc.” (2012: 219-220).

En el desenlace de la novela, Jove tratará de hacer valer esos derechos fálicos a los que se había hecho alusión, a través de una serie de actos de aspecto sacrificial y profundas conexiones de tipo religioso. La embarcación en la que viajan Stella y él queda a la deriva en medio de una tormenta, y el primero decide, literalmente, comerse a su esposa para sobrevivir, en una escena con resonancias cristianas:

I made the cut so carefully. I made it like a surgeon not a butcher. My knife was sharp as a laser. I did it with dignity, hungry though I was. I did it so that it would not have disgusted either of us. She was my wife. I was her husband. We were one flesh. With my body I thee worhsip. In sickness and in health. For better or for worse. Till death us do part. Till death us do part. I parted the flesh from the bone and I ate it. (1997: 195-196)

Si bien el personaje, para justificar su acto, asume que su esposa o bien ha muerto o bien está agonizando, el canibalismo que lleva a cabo podría conectarse con su canibalismo sexual, puesto de relieve por su condición de seductor, devorador de sus presas eróticas del mismo modo que termina devorando a la que considera su mujer legítima, que, como se deduce del uso de la fórmula del matrimonio, en el fondo representa una propiedad que debe servirle de alimento, ya sea desde un punto de vista carnal o literal, convirtiéndose ella misma en carne. Para Grice y Woods, este episodio representa un intento desesperado para volver a poseer el cuerpo de su mujer, reinstaurando sus derechos patriarcales ante la amenaza de que la relación lésbica termine triunfando (En Makinen, 2005: 149).

Además, el ritual tiene algo de ceremonioso, de sacrificio, como si fuese un homenaje a su deidad, al Júpiter que representa a través de su propio nombre. Desde un punto de vista mitológico, esta clase de violencia siempre ha sido justificada, tal y como apunta Salazar (2018: 40), quien también explica cómo desde esas deidades masculinas y guerreros épicos, habituados a la violencia, la violación o incluso el canibalismo también, llegando a devorar a sus propios hijos como Saturno, se evolucionó hacia las religiones regidas por un único varón, todopoderoso y también violento a su capricho. El carácter grotesco, sangriento de la escena se pone de relieve cuando Alice los descubre en el barco: “Stella was lying on the deck, her eyes closed, her body in a pool of blood [...] My heart came up into my mouth and I vomited. Her buttock and her hip had been chopped away” (1997: 208-209). No obstante, Stella termina sobreviviendo y, frente al intento final de su marido por regresar al orden fálico primario establecido entre ambos, ella se divorciará de él, añadiendo que era una decisión ya tomada antes de que Jove la cortara en filetes y, además, se indica cómo este no es perseguido por sus actos al alegar un brote de locura temporal (1997: 215). Su episodio de violencia, no obstante, puede interpretarse como un elemento catártico que precipita la decisión de su mujer a la hora de abandonarle, de terminar con su “reinado” posesivo y la inseguridad permanente que podía suponer para ella. La propia Stella asume esta postura en el diálogo final que mantiene con Alice (1997:

216), del cual puede deducirse que, en efecto, es la relación entre ambas, basada en la igualdad, la que ha salido fortalecida y continuará más allá del punto final que la autora otorga a su relato.

5. CONCLUSIONES

A la luz del análisis de ambas obras, resulta evidente que ninguna de ellas ostenta, como temática principal, la de la bisexualidad, y, de hecho, este término ni siquiera es mencionado de forma explícita. Si este ya es, de por sí, un tema lastrado por el desconocimiento y la invisibilidad, tampoco existen muchas representaciones culturales que lo aborden de manera directa y decidida, salvo ejemplos aislados, como la novela *Personas como yo* (2013), de John Irving. Sin embargo, aunque sea de forma indirecta y partiendo de concepciones tan distintas como las que animan a Winterson y Gimeno, ambos textos resultan muy sugerentes en cuanto al análisis de la imaginaria bisexual, no binaria y contraria a las dicotomías de todo tipo. Los cuentos de *Sex* se insertan en un compendio que aúna intencionalidad literaria y política. Su defensa es clara, la reivindicación del sexo entre mujeres. Los hombres siempre están en segundo plano y, en algunos ejemplos, son evitados o anulados, mientras que, en otros, las protagonistas admiten tener relaciones con ellos, a nivel estable o esporádico. La bisexualidad se muestra o se intuye, pero siempre de una manera subordinada ante el feminismo lesbiano del que Gimeno hace gala, tanto en su discurso personal como en las historias que componen este libro de relatos.

En *Gut Symmetries*, la narración se vertebra en torno a un triángulo, como en algunos de los textos de Gimeno. El triángulo o trío era uno de los mitos asociados a la bisexualidad y, sin embargo, en esta obra Winterson va a socavar esta imagen y a otorgarle un enfoque feminista, frente a las críticas que la acusaban de haber olvidado la reivindicación lésbica de sus primeras obras. La relación entre Jove, Alice y Stella no se ejercita en un nivel de igualdad, porque el primero es una figura patriarcal que reclama sus derechos, es decir, los que le permiten alternar a las dos mujeres; sin embargo, la traición que le parece el que ellas también hayan iniciado una relación entre sí le llevará a una huida hacia delante para no ser destronado de su posición jerárquica, hasta que, finalmente, las dos mujeres terminen juntas, con la mayor equidad y pasión que ya habían demostrado en sus intercambios sexuales.

En ambas obras existen mujeres protagonistas con tendencias bisexuales, que no hombres (si bien cabría elucubrar en una bisexualidad reprimida de Jove, por la reminiscencia del Zeus original griego); estos personajes, en todo caso, sí se enamoran tanto de hombres como de mujeres, en ocasiones de forma más estable y legalmente sancionada, o de forma más esporádica y por el simple disfrute carnal. Sea como fuere, el mito de la alternancia obligatoria de parejas, de la atracción simultánea e idéntica por ambos sexos a la vez, no concuerda con el espíritu de estas narraciones. Las mujeres, por lo general, se decantan por mantener relaciones entre sí, un factor que se deriva del carácter más igualitario de las mismas, frente a un erotismo masculino todavía cargado de prejuicios, connotaciones jerárquicas y falta de empatía.

BIBLIOGRAFÍA

- Butler, J. ([1993] 2002): *Cuerpos que importan*, Barcelona, Paidós.
- Coll-Planas, G. (2010): *La voluntad y el deseo*, Madrid, EGALES.
- De Miguel, A. (2015): *Neoliberalismo sexual*, Madrid, Cátedra.
- Dolera, L. (2018): *Morder la manzana*, Barcelona, Planeta.
- Domínguez Ruiz, I. (2017): *Bifobia. Etnografía de la bisexualidad en el activismo LGTB*, Madrid, EGALES.
- Gardiner, J. (2012): "Female Masculinity and Phallic Women-Unruly Concepts", *Feminist Studies*, 38 (3), 584-611.
- Gimeno, B. (2018): *La lactancia materna. Política e identidad*, Madrid, Cátedra.
- Gimeno, B. (2012): *La prostitución*, Barcelona, Bellaterra.
- Gimeno, B. (2008): *Sex*, Madrid, EGALES.
- Gimeno, B. (2005): *Historia y análisis político del lesbianismo*, Barcelona, Gedisa.
- Gómez Beltrán, I. (2017): "Resistencias estratégicas a la feminidad masculina en aplicaciones móviles (*app*) de contacto sexual entre varones: las plumas a otro lado", *Arte y Políticas de la Identidad*, 15 (15), 137-154.
- Graves, R. ([1955] 2009): *Los mitos griegos*, Barcelona, RBA.
- Grice, H. y Woods, T. (1998): "Grand (Dis) Unified Theories? Dislocated Discourses in *Gut Symmetries*", en H. Grice y T. Woods (eds.) (1998) "*I'm telling you stories*": *Jeanette Winterson and the Politics of Reading*, Ámsterdam y Atlanta, Rodopi: 117-126.
- Hemmings, C. (1995): "Locating Bisexual Identities: Discourses of Bisexuality and Contemporary Feminist Theory", en D. Bell y G. Valentine (eds.) (1995) *Mapping Desire: geographies of sexualities*, Londres y Nueva York, Routledge: 41- 55.
- Herd, G. y Boxer, A. (1996): "Bisexualidad. Hacia una teoría comparativa de las identidades y de la cultura", en J.A. Nieto (ed.) (2003) *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*, Madrid, Talasa Ediciones: 215-230.
- Kristal, N. y Szymanski M. (2006): *The bisexual's guide to the universe*, Nueva York, Alyson Books.
- León Prieto, L. (2018): "Entrevista con Beatriz Gimeno", León y Madrid, 9/5/18.
- Leonelli, E. ([1986] 1990): *Las raíces de la virilidad*, Barcelona, Noguer.
- Lily, S. (2016): *Adiós, Chueca*, Madrid, Foca.
- Llamas, R. y Vidarte, F. J. (1999): *Homografías*, Madrid, Espasa Calpe.
- Llopis, M. (2010): *El postporno era eso*, Barcelona, Melusina.
- López, D. (2004): *¿Seré bisexual?*, Madrid, Gay Saber.
- Lust, E. (2008): *Porno para mujeres*, Barcelona, Melusina.
- Makinen, M. (2005): *The Novels of Jeanette Winterson*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Millet, K. ([1970] 1995). *Política sexual*, Madrid, Cátedra.

- Montilla, J. (2009): *La sociedad arco iris*, Pamplona, uLaetoli.
- Obradors-Campos, M. (2011): "Deconstructing Biphobia", *Journal of Bisexuality*, 11 (2-3), 207-226.
- Onega, S. (2006): *Jeanette Winterson*, Manchester, Manchester University Press.
- Osborne, R. (2009): *Apuntes sobre violencia de género*, Barcelona, Bellaterra.
- Osborne, R. (1993): *La construcción sexual de la realidad*, Madrid, Cátedra.
- Preciado, P. ([2000] 2011): *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.
- Quiles, J. (2002): *Más que amigas*, Barcelona, Plaza y Janés Editores.
- Rich, A. (1994): *Blood, Bread and Poetry*, Nueva York, W.W. Norton.
- Riesenfeld, R. (2006): *Bisexualidades*, Barcelona, Paidós.
- Ruiz Román, P. (2008): "Una pornografía de ellas sin ellas: la representación de la sexualidad lesbiana en internet", en R. Platero (ed.) (2008) *Lesbianas, discursos y representaciones*, Barcelona, Melusina: 213-232.
- Sáez, J. y Carrascosa, S. (2011): *Por el culo. Políticas anales*, Madrid, EGALES.
- Salazar, O. (2018): *El hombre que (no) deberíamos ser*, Barcelona, Planeta.
- Simpson, K. (2001): *Note on Oranges Are Not the Only Fruit*, Londres, York Press.
- Torres, D. (2015): *Coño potens*, Tafalla, Txalaparta.
- Valls-Llobet, C. (2009): *Mujeres, salud y poder*, Madrid, Cátedra.
- Viñuales, O. (2006): *Identidades lésbicas*, Barcelona, Bellaterra.
- Weston, K. ([1997] 2003): *Las familias que elegimos*, Barcelona, Bellaterra.
- Winterson, J. (1997): *Gut Symmetries*, Londres, Granta Books.
- Wittig, M. ([1992] 2010): *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, EGALES.